

4287

CARTAGENA.

ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Comunicaciones se dirigirán á
ANGEL, administrador de

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de
ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

este periódico.

Viernes 31 de Diciembre

El Eco de Cartagena

Restauracion de la catedral vieja y de la iglesia de Santa Maria.

Los artículos que he publica-
do en el «Eco de Cartagena» sobre
la antigua catedral han debido pro-
ducir en los hijos de esta ciudad,
ante el sentimiento, penosas impresiones.
Su nacimiento la iglesia de Cartagena es
una de las primeras de España, y
una de las que luego que las primitivas tra-
scurrieron no lo confirman: estar per-
dida la catedral de esta ciudad
que la de Tarragona y encontrarse
con que según la historia, esta últi-
ma ha debido ser metropolitana mu-
cho tiempo antes: contar entre los
obispos de Cartagena á San Fulgen-
cio, y ver que lo fué de Ecija, donde
vivió y murió también Santa Floren-
tina: haber estado en la inteligencia
de que esta ciudad ha tenido siem-
pre importancia, y aparecer que solo
la tuvo un siglo escaso como metro-
poliéclesiástica y capital de provin-
cia del imperio romano, habiendo
caído desde el siglo quinto en la mas
profunda prostracion, observar con
dolor que le arrebató la supremacia;
civil y religiosa, primero Toledo y
después Murcia, todas estas deca-
dencias han debido afligir el corazón
de los cartageneros.

En medio de tales humillaciones
de amor propio por desgracias pa-
sadas, los hijos de Cartagena pueden
decir con legítimo orgullo que quizá
no haya en España una poblacion
que desde tan bajo se haya elevado á
tanta altura en tan poco tiempo. Se-
gún el testimonio de Mariana, citado
en el artículo anterior esta ciudad ape-
nas contaba á fines del siglo diez y seis
2.500 á 3.000 habitantes, y es muy
probable descendiese de esta cifra
en todo el siglo diez y siete, bajo los
débiles y desastrosos reinados de Fe-

lipe IV. y Carlos II., y en los prime-
ros años del diez y ocho, de los prin-
cipios de Felipe V. Mas desde 1730,
en que este Monarca estableció el
departamento y en 1737 formó el
arsenal (I), con la proteccion que dis-
pensaron á la marina el ministro Pa-
tiño, después los célebres Marqués de
la Ensenada y Campomanes bajo
Fernando VI. y Carlos III, y en nues-
tros dias el marqués de Molins en
1847, y el general Odonell desde 1859
á 1864, Cartagena ha visto subir su
poblacion desde aquellos, 2500 á 3.000
habitantes, que tendria en el primer
tercio del siglo pasado, hasta 30.000
dentro del recinto y 30.000 fuera de
él, que tiene hoy, total 60.000 (Cin-
cuenta y siete mil almas de aumento
en siglo y medio escaso, y contarse
la décima poblacion de España! he
aquí la rápida prosperidad obtenida
por Cartagena, apesar del desastre de
la armada española en Trafalgar, de
la guerra de la Independencia, y del
abandono en que por bastantes años
dejó Fernando VII á la marina.

La prosperidad de Cartagena no
se detendrá aquí. Todo hace espe-
rar que la guerra civil que nos des-
garra hace ya algun tiempo en la pe-
ninsula y en la grande Antilla, va á
tener un próximo y favorable fin, y
en tal caso, si España quiere tener
marina preciso será que le dé un
impulso poderoso. Por otra parte los
mineros principian á aplicar maqui-
nas de gran fuerza al desagüe de las
minas, y es de creer que la riqueza
de las mismas aumentará á profun-
didad. Como cuestion de salubridad
y ornato será necesario abordar ma-
ó menos pronto el saneamiento del
Almajar, y ocuparse eficazmente en
traer aguas abundantes, no tan solo
para el surtido desahogado de la po-
blacion, sino tambien para regar su
campo en la mayor estension posi-
ble.

Mas no deben limitarse á esto los
esfuerzos de los buenos Cartagene-
ros. Los adelantos y mejoras mate-
riales dan sin disputa importancia á
los pueblos; pero esa importancia se
acrecienta y se ennoblece con el
desarrollo del sentimiento artistico y
religioso. La contemplacion de la be-
lleza en sus diversas manifestacio-

nes nos seduce y nos cautiva: pues-
tro corazón siente la necesidad de
adorar algo superior. Este algo supe-
rior intuitiva ó racionalmente es el
Ser Supremo, autor de las inmensas
maravillas que nos rodean; pero com-
prendiendo nuestra inferioridad y
su infinita grandeza, le adoramos por
un intermediario, que para los sa-
bios es la ciencia y para los hombres
religiosos es generalmente la au-
gusta madre de Jesus simbolo de la
virginidad, idealizada, emblema de
la pureza, y de la maternidad, la ex-
presion mas sublime del amor mas
dulce y apasionado. Los griegos de
Constantinopla le consagran la so-
berbia basilica de Santa Sofia; los
zaragozanos la magnífica capilla y
catedral del Pilar, los hijos de Car-
tagena el Hospital de Caridad, la ca-
tedral vieja de la Asuncion y la nue-
va iglesia de Santa Maria.

Entre los grandes pueblos, así
antiguos como modernos, se han ce-
merado en consagrar los munumen-
tos mas admirables á la Divinidad,
tal cual ellos la comprendian. Los in-
dios nos muestran sus pagodas gi-
gantescas, dedicadas á su Trinidad;
los judios el templo de Jerusalem;
los atenienses, al bellissimo Partenon
ó templo de Pallas Minerva, cuyos
frisos y metopas se guardan hoy en
el Museo británico, como maravillas
de escultura; la Roma imperial, el
panteon de todos los Dioses paganos;
la Roma pontificia, la basilica de
San Pedro, maravilla de la arquitec-
tura; los griegos del imperio de
Oriente, la basilica de Sta. Sofia,
otra maravilla de gracia y de belle-
za; los venecianos la iglesia de San
Marcos; los alemanes la gótica cate-
dral de Colonia; los ingleses, S. Pa-
blo; los franceses, Ntra. Sra. de Pa-
ris; los españoles, el severo y gran-
dioso Escorial. Lo primero que to-
dos los viajeros, cualquiera que sea
su clases y condicion, van á visitar,
son siempre los templos, en cuyo gé-
nero de arquitectura España mues-
tra con legítimo orgullo las góticas
catedrales de Leon y de Burgos, de
Toledo y Sevilla.

En mi precedente artículo dije
que debía restaurarse la catedral

vieja como recuerdo histórico que
estimule á los cartageneros á levan-
tar su ciudad natal á la misma ó
mayor altura que la que alcanzó en
tiempo del imperio romano. Hoy
añado que debe restaurarse como
monumento artistico la iglesia de
Sta. Maria, bella por su conjunto y
proporciones en el interior, árida,
pobre y fria en el exterior, pero de
tal modo que tanto una parte como
otra forman un todo armónico, á la
vez sencillo y elegante. De esta ma-
nera Cartagena poseerá, además de
sus hermosos cuarteles y casas de be-
neficencia, un templo digno de la
cultura y del grado de prosperidad
que ha conquistado y del mayor que
está llamado á conquistar.

Es posible, me preguntarán algu-
nos, reunir fondos bastantes para la
restauracion de dos templos en una
época de tan poca fé, y en que los
intereses materiales absorben tan
mucho? Si, es posible: querer, pero querer
con perseverancia infatigable, es po-
der antes, ahora y en todos los tiem-
pos. Empiécese, que siempre el pri-
mer paso es el que mas cuesta.

Existe en España un templo, que
escita la admiracion por su ligera y
fantástica esbeltez, aludo á la anti-
gua catedral de Leon, joya muy pre-
ciada del arte ojival ó gótico. Sus
grandes vidrieras pintadas, heridas
por el Sol, reflejan en el interior por
todas parte los mágicos colores del
arco iris: aquel templo mas que de
piedra parece de cristal. Hace algu-
nos años gran parte del crucero se
vino á tierra, por efecto sin duda de
su excesiva ligereza; los leoneses
quisieron dejar perecer su joya
dilecta, se asociaron á sus obispos
y emprendieron la restauracion, hoy
muy adelantada, que su nuevo pro-
lado se ha propuesto concluir, aun
cuando Leon cuenta con muchísi-
mos menos recursos que Cartagena.

Doce años ha se dió principio en
Zaragoza á la restauracion interior
del templo del Pilar de una manera
providencialmente novelesca, digna
de referirse. Un beneficiado de la
catedral está pidiendo todos los dias
durante el culto para la fábrica á

(I.) Obao—Historia de España, capítulo 67.